

Gregorio Salvador

«Nebrija, el otro hombre del 92»

Entre el 20 y el 29 de octubre, el académico Gregorio Salvador impartió en la Fundación Juan March un curso de cuatro conferencias sobre «Nebrija, el otro hombre del 92», coincidiendo con el quinto centenario de la publicación de la *Gramática de la lengua castellana*, obra del humanista español Elio Antonio de Nebrija. El profesor Salvador se ocupó de «El personaje» (martes, 20 de octubre), de «El humanista» (jueves, 22 de octubre), de «El gramático» (martes, 27 de octubre) y de «El lexicógrafo» (jueves, 29 de octubre).

Se ofrece a continuación un amplio resumen de las conferencias.

Antonio de Nebrija fue una figura excepcional en un momento clave de nuestra historia, «el otro hombre del 92», como yo he querido llamarle en el título general de estas conferencias que voy a dedicar a su condición de humanista, a su oficio de gramático y a su trabajo de lexicógrafo, amén de intentar dibujar al personaje; pero no serán compartimentos estancos, no podrá haber absoluta independencia, porque todo está en su obra mutuamente relacionado y nada es comprensible si no se considera desde el conjunto.

Sabemos cosas del hombre Antonio Martínez de Cala y Xarana, que ése fue su verdadero nombre, pero siempre en función del personaje Elio Antonio de Nebrija, Aelius Antonius Nebrissensis, el nombre adoptado, que solía estampar, así en latín, al frente de sus libros.

Digamos ya que no es que Nebrija haya devenido en personaje al reconocerle la posteridad el mérito de sus esfuerzos y creaciones, el enorme valor de su legado intelectual, los granados frutos de su perdurable magisterio. No, Nebrija fue ya un personaje en su tiempo, el Maestro Antonio, ampliamente conocido y de reconocido prestigio: un hombre público, que diríamos ahora.

Y cuando alguien es un personaje tiende a vivir como tal personaje, a representar su propia vida. También suscita admiraciones fervorosas por un lado, envidias y enemistades por otro, alabanzas y vituperios, por lo tanto, simpatías y antipatías, devociones y resquemores. El personaje acaso oculta al hombre, lo disimula.

No le pagó España todo lo que le debía, porque esa deuda era impagable, pero pudo morir en plena gloria, satisfecho de sus empresas y trabajos y estimado públicamente por ellos. Lo que no es poco en esta patria nuestra, «madrasta de sus hijos verdaderos», como luego diría Lope. Cristóbal Colón, la figura más universal de su época, había muerto en Valladolid, decepcionado, preterido y pobre, el día 20 de mayo de 1506.

Y no cito a Colón ociosamente. Nebrija fue el otro gran hombre del 1492 y en estas celebraciones del Quinto Centenario, del *annus mirabilis*, como lo llamaron los humanistas de la época, estamos obligados a recordar la figura del filólogo lebrijano a la par que la del navegante genovés.

Si éste acertó a encontrar el camino de un nuevo y desconocido continente, que había ignorado el mundo antiguo, Nebrija supo, adentrándose en los saberes de ese mundo antiguo



Gregorio Salvador nació en Cúllar-Baza (Granada) en 1927. Ha sido catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de las Universidades de La Laguna, Granada y Autónoma de Madrid. Desde 1980 es catedrático de la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1987 es miembro de la Real Academia Española y ha sido miembro de la Comisión Asesora de la Fundación Juan March. Dialectólogo, lexicólogo y crítico literario, es autor, entre otros títulos, de *Semántica y Lexicografía del español*, *Estudios dialectológicos y Lengua española y lenguas de España*.

y actualizándolos, ensanchando su perspectiva de humanista, reducir a arte y encerrar en un par de libros asombrosos, una gramática y un diccionario, la lengua que iba a servir para ofrecer la primera visión del nuevo mundo.

En 1992 se ha cumplido el medio milenio de una serie de hechos admirables, entre los cuales quiero aquí destacar uno: la llegada a América de la lengua española. Que mientras Cristóbal Colón hacía camino en el Océano

Atlántico, Antonio de Nebrija presentara su *Gramática de la lengua castellana* a la Reina Isabel, la primera gramática de una lengua vulgar, y que ese mismo año publicara también su *Diccionario latino-español* son, obviamente, hechos casuales, pero de la casualidad nacen, no pocas veces, los símbolos, y lo cierto es que hoy, tras cinco siglos de controvertida historia, más de trescientos millones de personas hablan español en aquel continente. Aunque Antonio de Nebrija no hubiera inscrito tan oportunamente su nombre en las efemérides del 92, no podríamos hablar de lo que han representado estos quinientos años para la historia del mundo sin mencionar su obra.

El humanista

Que Antonio de Nebrija fue antes que nada y fundamentalmente, por propia decisión y vocación tempranísima, un humanista, que como tal humanista contó en su tiempo, que esa actividad lo encumbró a la fama y que alrededor de ella giraron sus trabajos, sus enseñanzas, sus disputas y controversias, todo lo que, esencialmente, hemos visto que constituyó su vida, es algo tan conocido y evidente que manuales y enciclopedias encabezan inexcusablemente los apartados y entradas que le dedican con frases como «humanista y gramático español», «humanista sevillano», «humanista andaluz, el más famoso de los españoles» y otras similares —lo de humanista siempre por delante, agregando, casi como una curiosidad, lo de que escribió la primera gramática de una lengua vulgar, que es, seguramente, lo último que cabría esperar de un humanista.

Porque conviene ya decir, lo antes posible, que Nebrija fue, sin duda alguna, el gran humanista español de su época, pero en cualquier caso un humanista singular, yo diría que un humanista *sui generis* o, como ahora se suele decir, atípico.

Ha escrito no hace mucho Julián



Marías, refiriéndose a Luis Vives, la otra gran figura del humanismo español, que el valenciano «era un humanista perteneciente a esa hermandad minoritaria característica del Renacimiento, europea, cosmopolita, cuya verdadera *patria* era, sobre todo, la lengua latina. Tenían una extraña cerrazón para lo que se escribía en las lenguas *vulgares*, es decir, las vivas».

Muchos de estos humanistas aprendieron el latín en «el Antonio», como solía llamarse a sus *Introducciones latinae*, y lo enriquecían con su *Diccionario*, porque la deuda del latín humanístico con Nebrija es incalculable; pero él, a pesar de ser el latinista por excelencia y de escribir en esa lengua la mayor parte de su obra, como el humanista que quiso ser y que vocacionalmente fue, elaboró un arte de su propia lengua vulgar, anticipándose en muchos años a los que llegarían a hacerse de otras lenguas, y se sintió íntima y profun-

damente español, como también ha señalado certeramente Marías, no andaluz o castellano. Porque vio con claridad lo que era España, esta península, la vieja provincia romana, en el momento en que, unidos sus Reinos, reconquistado el último reducto islámico, se estaba constituyendo como nación moderna.

Sus *Introducciones latinae*, cuya primera edición se publicó en Salamanca en 1481 —el primer libro impreso en Salamanca—, no era otra cosa que un libro de texto, un manual elemental para la enseñanza del latín a los escolares, pero, como ha apuntado Francisco Rico, fue la puerta por la que entró el Renacimiento en España.

Renacentista, amén de humanista y en tanto que tal, fue el maestro de Lebríja. Se apasionó por las letras de la antigüedad grecolatina, que habían sido destruidas y sepultadas por la barbarie medieval, y las tomó como modelo.

Sintió el gusto por la vida y tuvo confianza en lo acertado de su quehacer y en que era obra perdurable que lo llevaría a la fama. Todo eso pertenece al ideario del Renacimiento. La exaltación del hombre, que pasa a ocupar el centro del universo. El hombre y su obra, que dejará memoria de él: «puse delante los ojos una grande esperanza de inmortalidad, y tenté una obra la cual pensava ser la maior y más necesaria de todas», dirá refiriéndose a su *Diccionario* en el prólogo.

Nebrija comenzó su lucha contra los bárbaros, de la que tanto se ha hablado, que ha dado título incluso, *Nebrija frente a los bárbaros*, al libro más densamente erudito y documentado que se ha escrito sobre el arranque del humanismo español, el de Francisco Rico, de 1978, y antes, en 1942, a un capítulo, «Nebrija, debelador de la barbarie», de un libro fundamental en el resurgir de la atención sobre el humanista andaluz, obra mucho más utilizada que citada en la bi-

biografía posterior y a la que yo quiero reconocer aquí mi amplia deuda en la base documental de estas dos primeras conferencias.

El gramático

El Maestro Antonio de Lebrija, dueño de tantos saberes, no quiso ser considerado nunca otra cosa que un gramático y ésa fue la que proclamó como su profesión al frente de sus obras y de la que siempre se sintió orgulloso.

Pero no debemos olvidar que *gramática* todavía era, por antonomasia, para el *Diccionario de Autoridades*, con ejemplos de *La Dorotea* de Lope y del P. Nierenberg, el estudio de la lengua latina y que ése era su único valor en la época de Nebrija. El fue catedrático de Gramática en Salamanca, y su prestigio de gramático perduró siglos gracias a sus *Introducciones latinae*.

Ya se ha hablado aquí del Nebrija humanista, del renovador de la enseñanza del latín, del escritor en lengua latina, del implacable debelador de la barbarie gramatical. Y de lo que vamos a hablar hoy es de su *Gramática de la lengua castellana*, que publicó en 1492 y cuyo centenario estamos celebrando, su obra más sorprendente e inaudita, la que le da ahora, ya en nuestro siglo, una distinta y asombrosa dimensión a su figura de humanista, la que nos lo devuelve vivo, debeladas ya también, como por él mismo, sus oficializadas e impuestas *Introducciones latinae*, que sin su *Gramática castellana* y su *Vocabulario español-latino*, nos lo hubieran arrinconado ya en el desván de la historia como a tantos otros humanistas de su época.

Una obra absolutamente original que se adelantó tanto a su tiempo que apenas —y digo apenas por decir algo— fue valorada en él, es más, ni siquiera tenida en cuenta. Se creyó que era una simple extravagancia del

maestro y nadie pudo sospechar que sería la obra que mantendría su fama —esa fama que a él tanto le preocupaba— más allá de los límites temporales de su vigencia como humanista.

Acaso él sí que lo supiera. Por lo pronto tuvo clara conciencia de su originalidad, de que abría camino, y así lo expresa desde el mismo encabezamiento y dedicatoria a la Reina Isabel: «Comiença la Gramática que nuevamente hizo el maestro Antonio de Lebrixa sobre la Lengua castellana».

Nuevamente, no con su significado actual de «otra vez, de nuevo», sino con el antiguo de «con novedad». Nebrija sabía que era suyo el invento, esta extensión de la «gramática» al estudio y descripción de la propia lengua, la que se aprende desde niño, y lo dice en el prólogo: La lengua castellana «no tiene propia casa en que pueda morar. En la zanja de la cual yo quise echar la primera piedra, y hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega y Crates en la latina, los cuales, aunque fueron vencidos de los que después de ellos escribieron, a lo menos fue aquella su gloria, y será nuestra que fuemos los primeros inventores de obra tan necesaria».

No era fruto la *Gramática castellana* de una extravagancia del humanista, de una excéntrica e inútil genialidad del gramático, sino una obra verdaderamente genial, largamente meditada, producto de su reflexión y su clarividencia, cuyo fracaso seguramente afectó a Nebrija más de lo que él dejó entrever.

Porque fue un fracaso, y esto conviene decirlo enseguida, ahora que acaba de cumplir sus quinientos años y nos hemos percatado, por fin, de su excepcionalidad y grandeza. Acaso no sea bueno, desde luego no es rentable, adelantarse a su tiempo, tener visión de futuro. Nadie lo comprendió entonces, ni siquiera la Reina, a quien iba dirigida y que lo había

puesto en el camino, al exigirle una versión bilingüe de las *Introducciones*.

Juan de Valdés, que estaba escribiendo sobre la lengua castellana, desdeña, en el *Diálogo de la lengua*, la obra de oídas, y aún la confunde, al parecer, con la traducción de la latina. El erasmista conquense, por lo que fuera, tenía atragantado al sevillano y no pierde ocasión de menospreciarlo, siempre con injusticia y, lo que es peor, con ignorancia.

Pero lo cierto es que no se había vuelto a imprimir y que, cuando escribe Valdés, seguramente no era ni siquiera fácil su consulta. Tampoco la conoció otro de sus detractores, Cristóbal de Villalón, que la confundía igualmente. Fue, pues, la *Gramática castellana* de Nebrija un libro olvidado, perdido, un incunable del que se conservan escasísimos ejemplares, como ya puso de relieve el Conde de la Viñaza, que la incluyó íntegramente, en 1893, en su conocida *Biblioteca histórica de la Filología castellana*. De hecho, puede decirse que hasta el siglo XX no se le presta la atención que merece.

Algún ejemplar llegaría a América, qué duda cabe, pero no podemos engañarnos acerca de su influjo en la elaboración de las gramáticas de lenguas indígenas. El modelo no era la *Gramática castellana*, que casi nadie conocía, sino las *Introducciones latinas*, que todos los frailes y clérigos habían estudiado.

Ese era el llamado *Arte* de Nebrija, que se menciona tanto, que se reedita constantemente, que se convierte, como vimos, en una especie de catecismo gramatical. Por ahí, por esa vía latina, llegaría su influjo, que fue indiscutible y extenso, mientras que la *Gramática castellana* quedaría en una vía muerta, sin vivificar las gramáticas posteriores.

Una verdadera pena. Porque el lebrijano se esforzó en castellanizar su *Gramática* hasta el máximo, verter la

lengua que hablaba en su propio molde y no contrahacerla según el modelo latino. La castellanización gramatical la lleva Nebrija incluso a la terminología, que la traduce y la recrea.

Ricardo Senabre ha llamado la atención, en un artículo reciente, sobre esa decisión del gran humanista, que acredita, dice, «la enorme fe de Nebrija en las ilimitadas posibilidades de la lengua que codifica. Y denota algo más: la presencia de un auténtico maestro. Sólo quien lo es de verdad trata de poner su ciencia en román paladino».

La lectura de la *Gramática* de Nebrija resulta hoy, a sus quinientos años, amén de ilustradora, filológicamente hablando, un verdadero placer. Porque está escrita en una prosa castellana viva y eficaz: la inicial y mantenida vocación humanística de su autor nos privó, con certeza, del excelente escritor en romance que pudo haber sido.

El lexicógrafo

El otro hombre del 92, como ya lo he venido llamando, no publicó únicamente ese año su *Gramática de la lengua castellana*, con el poco éxito que vemos, sino también su *Diccionario latino-español*, es decir, su *Lexicon ex sermone latino in hispaniensem*, que dedica al Maestre de Alcántara, «con título lleno de vergüenza lexicon en griego: que es diccionario en latín».

Consciente de su propia singularidad y capacidad, todavía se preocupará de estrechar «el volumen debaxo una maravillosa brevedad, porque la grandeza del precio no espantase a los pobres de lo comprar, ni la frente alta del libro a los ricos hastiosos de lo leer».

Pero lo cierto es que, aunque pretendiese hacer un libro de faltriquería, «le salió un soberbio tomazo», como ha dicho Germán Colón, la persona

que, posiblemente, haya estudiado más a fondo esa obra y sus derivaciones europeas. Para Colón, el mérito de Nebrija consiste en que, «contrariamente a lo que se venía practicando por otros lexicógrafos apegados a la tradición isidoriana, selecciona un léxico latino clásico y no da cabida a monstruosas creaciones del latín medieval, ofrece de manera escueta una buena traducción al español, sin perderse en definiciones fantásticas y a menudo de carácter enciclopédico, e indica mediante siglas la información gramatical».

Su *Lexicon o Diccionario latino-español*, que ha cumplido ahora el medio milenio, no era, por lo demás, sino la primera parte de un proyecto más amplio, pues aguarda terminar una segunda parte del *Diccionario*, «en la cual, por el contrario, volvimos en latín las palabras castellanas», precisamente su *Vocabulario español-latino*, que constituye el eje de esta lección de hoy y que se publicó algún tiempo después.

No puso la fecha en el colofón el anónimo impresor salmantino de su edición príncipe, pero los especialistas apuntan la de 1495 como la más probable. Sí parece desprenderse del prólogo de su *Diccionario latino-español* que el inverso habría de venir por añadidura, pero es evidente que en el que pone al *Vocabulario*, dedicado igualmente a don Juan de Estúñiga, se refiere en pasado a la obra anterior y, como con diligencia se ha señalado por los estudiosos, incluye en el léxico la palabra *canoa*, el primer americanismo, que identifica con el latín *monoxylum*, que es voz de origen griego y que ya había incluido en su *Diccionario* de 1492, como «navecita de un madero», mientras las carabelas arribaban a Guanahaní y los descubridores encontraban la palabra adecuada.

Descubrir, encontrar. No voy a entrar en la desatentada y desatinada polémica con que nos vienen dando la matraca desde hace ya algunos años,

desde que se anunció el Quinto Centenario del Descubrimiento, discusión en la que han picado incluso algunas personas al parecer ilustres y hasta con fama de discretas, y sin tener siquiera la precaución de mirar antes un diccionario.

Cualquiera de los muchos de que disponemos, pero como el nombre del acontecimiento viene desde entonces, no está de más consultar a Nebrija. «Descubrimiento, revelatio, relectio, -onis». «Encuentro como quiera, occurus, concursus, -us». Sobran comentarios, aunque tal vez lo que ocurra, si salimos de estos muros, es que falte latín.

Más ahora, desgraciadamente, que cuando Nebrija comprendió, después de sus cinco años de estudiante en Salamanca, la carencia de un buen latín en sus maestros. Su *Diccionario*, que señorea lexicográficamente la Europa del XVI, en sus múltiples versiones e imitaciones, lo tuvieron a la mano todos los humanistas, aunque reconocidos son las reservas que sobre él manifestó Luis Vives, que lo consideraba falto de autoridades.

De hecho, lo que le ocurre al maestro de Lebrija es que, situado inicialmente en esa «patria de la lengua latina», propia de los humanistas y cuya bandera enarbola, una precisa circunstancia, acaso aceptada con disgusto, la petición que le hace la reina de que vierta al castellano sus *Introductiones latinae*, lo lleva posiblemente a tomar conciencia de la dimensión adquirida por esa otra patria que constituye su lengua vulgar y le hace concebir la idea de reducirla a *Arte*.

Si el *Diccionario latino-español* lo concibe, a mi juicio, como una prolongación de las *Introductiones*, como una ayuda para la recta interpretación de los textos latinos, y el *Vocabulario español-latino* como una guía para los que hayan de escribir o hablar en latín desde su romance materno, es decir, si ambas obras responden esencialmente a

una finalidad didáctica, la segunda se le convierte, por el propio dinamismo de la historia de nuestra lengua, en mucho más: en el complemento de ese necesario «artificio» a que va a «reduzir» el castellano en su *Gramática*, porque la interpretación del léxico y la enumeración alfabética de los vocablos del idioma constituyen igualmente una base necesaria para meter la lengua en carril, para asegurarle la permanencia y la conveniente uniformidad normativa.

Estoy hablando de *Diccionario latino-español*, el de 1492, y de *Vocabulario español-latino*, el de 1495, por atenerme a los títulos que aparecen en las portadas de las ediciones facsimilares, la de Germán Colón y Amadeu J. Soberanas, del primero, y la de la Real Academia Española, del segundo. Pero no quiero dejar de recordar que este *Vocabulario* que nos ocupa lo llamó el autor *Dictionarium ex hispaniensi in latinum sermonem*.

El primer diccionario

Nebrija, por cierto, no es sólo el primero, entre nosotros, en hacer un diccionario, sino también el primero en usar esta palabra, y también *vocabulario*. No parece que hiciera distinción entre ambos términos, lo que no es de extrañar, porque aún hoy, aunque los lexicógrafos nos esforcemos en establecerla, no siempre se respeta, sobre todo editorialmente, la diferencia.

Lo que hizo Nebrija fue poner, por vez primera, las voces castellanas en orden alfabético y todos los demás lo que han ido haciendo, lo que hemos hecho, ha sido ir añadiendo, poco a poco, las que faltaban o las que se han ido incorporando al caudal del idioma. La lexicografía es esencialmente imitación, continuación, pero alguien tiene que dar el primer paso, y ese alguien, entre nosotros, fue Nebrija.

Lo cierto es que cualquiera que

comprara el *Dictionarium ex hispaniensi in latinum sermonem*, en aquellos últimos años del siglo XV, estaba verdaderamente adquiriendo un tesoro: *thesaurus* o *tesoros* se llamaron más tarde los diccionarios, con acertadísima metáfora.

He escrito hace muy poco, al frente de una obra con ese nombre, que los tesoros imaginarios de las leyendas se descubren, los tesoros verdaderos de la realidad concretos y computables se atesoran esforzada y lentamente, se acumulan y se les hace producir.

Los lexicógrafos son de esta segunda clase, de la verdadera, y se reúnen con paciencia y con tesón, y aumentan siglo a siglo. Antonio Martínez de Cala y Xarana, que gustó llamarse Aelius Antonius Nebrissensis, en sus escritos latinos, o simplemente Antonio de Lebrija cuando escribía en castellano, el maestro Antonio para sus contemporáneos, comenzó esa tarea entre nosotros, puso cauce para la recopilación de las palabras españolas y no poco caudal entre sus márgenes.

Nebrija hizo muchas cosas dignas de gratitud. Pero acaso, desde la anchísima perspectiva léxica de la lengua de hoy, ninguna tan de agradecer como ésa de haber ofrecido a sus contemporáneos, por cinco reales de plata, y haber legado a la posteridad, con el destello de su genio, el arca ya dispuesta para ir reuniendo el tesoro inacabable de las palabras de este idioma que hablamos, con el oro refulgente, ya en su fondo, de los vocablos de su lengua viva, y hasta la piedra filosofal capaz de ir trasmutando poco a poco, en voces castellanas, acordes, transparentes y nítidas, el viejo y opaco acervo léxico latino.

Mucho le debía España, como ya le reconoció el Cardenal Cisneros ocho años antes de su muerte. Mucho le seguimos debiendo todos los hispanohablantes. Y de eso es de lo que he pretendido darles cuenta en estas cuatro lecciones, de la ilimitada extensión de esa deuda. □